

**CONSUELO ARMIJO**

# Celia era la única que me comprendía

por Consuelo Armijo



**M**i infancia! No la recuerdo nada, nada divertida. Sí muy castigada. Yo era mala porque nunca tenía ganas de comer, y después de luchar conmigo a brazo partido para que me tragara patatas, filetes y otras cosas que no me apetecían nada, lo

devolvía todo. Era mala porque... Bueno, cuando una *mademoiselle*, que por cierto había nacido en Albacete, pero que sabía decir *table* y *chaise*, se empeña en que eres mala, lo eres siempre.

Ella hubiera querido cuidar sólo de mi hermana, que era mayor. Los ni-

ños pequeños no le gustaban nada, pero no tuvo más remedio que «cargar» también conmigo, y mis padres se quedaron tan cómodos y tan contentos.

El caso es que, en cambio, a mi padre le encantaban los niños pequeños.



Todas las noches cuando llegaba a casa, yo le pedía:

—Cuéntame cosas de cuando tú eras pequeño.

Fueron mis primeros cuentos. Unos cuentos que siempre empezaban:

—Había una vez en Granada un niño que era muy jeringaoooo.

Y ese niño hacía toda serie de patochadas. Unas eran verdaderas, otras inventadas. Quizá para mí, la gran fascinación de esos cuentos era que el protagonista fuera mi padre, ¡tan grande!, ¡tan señor!; sobre todo cuando se vestía de militar, con esas botas tan altas. El escucharlos supuso para mí las horas más felices de mi primera infancia.

El primer libro que recuerdo tenía las tapas azules. Eran los cuentos de Andersen. También me los leyó mi padre.

Las empleadas del hogar, como se las llama ahora, también fueron otra fuente de cuentos. ¡Qué pena haberlos olvidado! A veces repetían el mismo, pero no importaba. Siempre me gustaba. Según tengo entendido me ponía algo pesada diciendo:

—Otra vez.

Y luego:

—Otra vez.

Crecí y me lancé yo sola a leer. Leí lo normal: Celia, Cuchifritín, los cuentos de la Condesa de Segur (recuerdo sobre todo *Memorias de un burro*), Pinocho y Chapete, etcétera. Más tarde la colección Escélicer, muy recomendada en los colegios, cuyos libros valían 10 ptas., libros que seguro que han perdido toda actualidad, pero que entonces gustaban. La colección Cadete, más lujosa y liberal. Sus libros valían 30 ptas., no estaban recomendados en los colegios, lo cual para mí era una garantía. Tenían clásicos: *Oliver Twist* (¡qué manera de llorar!), *El príncipe mendigo*, etcétera, etcétera. Luego apareció Guillermo (¡qué manera de reír!). Seguro que había más, pero no logro recordarlos. ¡Qué pena que no conserve ninguno!, a veces los echo de menos. Los vendí

en los primeros años de la decena de los veinte para pagarme un billete de tercera (entonces había tercera) a Londres, donde me coloqué de *au pair*.

Llegó un momento en que la lectura fue para mí una especie de tabla de salvación. Mi familia se convirtió en algo fatal. Mi padre se quejaba de que ya no tenía la gracia de «chiquitita». Creo que nunca me perdonó que creciera, y lo que es peor, nunca lo admitió. Cualquier síntoma, cualquier «pinito» de mi parte por demostrar que había llegado al «uso de razón» intentaba aplastarlo (y lo malo fue que la mayoría de las veces lo consiguió).

En las comidas solía pelearse en voz baja con ¡vaya usted a saber cuántos enemigos no presentes!, mientras mi madre también hablaba sola, pero en voz alta, y no se peleaba. Organizaba largos monólogos sobre los sombreros que había visto en las tiendas, o cualquier otra cosa. Tenía una increíble habilidad para alargar cualquier tema hasta el infinito y, sin duda, una gran virtud: no exigía demasiada atención a su supuesto auditorio.

En esa casa, donde yo me sentía a gusto era sola en cualquier rincón, y entonces leía. No siempre tenía la suerte de tener libros nuevos pero los que más me gustaban me los leía una y otra vez, sobre todo ciertos párrafos, los preferidos, o los que me apetecieran en ese preciso momento.

En el colegio las clases me aburrían. Según las monjas yo era tonta, y según yo, las tontas eran ellas (opinión que todavía sostengo). A este respecto ningún libro como *Celia en el colegio* las ha retratado mejor. ¿Cómo no me iba gustar leerlo y releerlo? En realidad Celia era la única «persona» que me comprendía, o al menos con la que yo estaba plenamente de acuerdo.

Nos obligaban a forrar los libros de texto en papel azul y a pegarles unas etiquetas para identificarlos: «Matemáticas», «Gramática». Así que tuve una idea: forré mis libros de cuentos



BONI, CELIA. LO QUE DICE, MADRID: AGUILAR, 1952.

en papel azul y les pegué etiquetas que ponían «Catecismo», «Ciencias naturales» y ¡lo pasaba más bien en los estudios! Pero un día, una monja me «pescó» y después de armarla y llamarme no sé cuántas cosas, se quedó con el libro (que a mi modo de ver es quedarse con lo ajeno contra la voluntad de su dueño). Lo sentí mucho, porque había sido de mi padre cuando era un niño muy «jeringaoooo» y vivía en Granada. ¡Uno de los pocos de esos libros que habían llegado a mi poder!



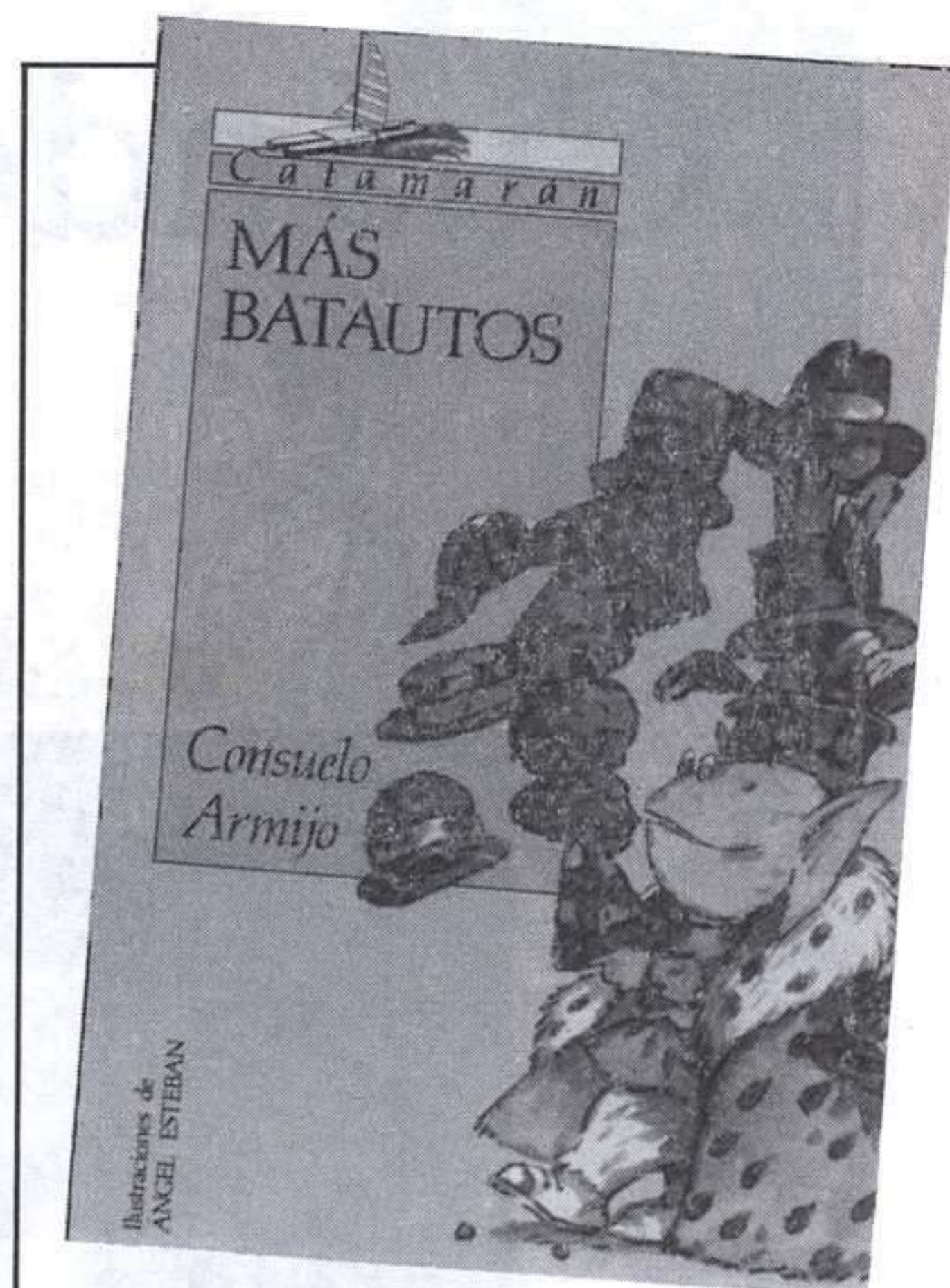


¡La casa de mi abuela!, ¡qué lejana queda! Ya sólo existe la fachada. Por dentro la han cambiado de arriba a abajo. Nos reuníamos a comer toda la familia una vez a la semana. Todos se ponían a charlar. A mis tías les gustaba eso de «hablar y hablar» tanto como a mi madre. Se armaba cada *girigay*. Yo me iba a otra habitación donde había libros. No muchos, pero todos encuadernados en piel (estoy casi segura de que eran de la editorial Aguilar) y en el filo de las hojas había dibujos geométricos de colores que se veían muy bien cuando los libros estaban cerrados.

Allí, en plena edad del pavo, memoricé —¿cómo no?— las poesías de Bécquer, y empecé a leer nada menos que el *Quijote*.

—Si acabas con los libros te podemos traer las guías de teléfonos, que son muy gordas —me dijo un día un «gracioso» (los suele haber hasta en las mejores familias).

Pero ése tenía un «punto» de razón. A esa edad casi todo lo que leía (y leía todo lo que caía en mis manos) me gustaba, me entretenía. Ahora en cambio tropiezo con libros que encuentro francamente malos. ¿Será que los libros que encontraba cuando era niña o adolescente eran mejores que los que me tropiezo ahora?, o ¿será que yo era antes mejor lectora?, o... a lo mejor es el sentido crítico que se ha desarrollado. ¡Vaya usted a saber! ■



## Bibliografía (selección)

### Infantil-juvenil

*Los batautos\**, Barcelona: Juventud, 1975.

*El Pampinoplas*, Madrid: SM, 1979.

*Aniceto, el vencecanguelos*, Madrid: SM, 1981.

*Risas, poesías y chirigotas*, Valladolid: Miñón, 1984.

*Guiñapo y Pelaplátanos* (Miñón, 1985), Madrid: Susaeta, 1989.

*Los Machafatos*, Zaragoza: Edelvives, 1987.

*Inés y Mercedes o cuando los domingos caigan en jueves*, Barcelona: Noguer, 1988.

*En viriví*, Madrid: Anaya, 1988.

*Los machafatos siguen andando*, Zaragoza: Edelvives, 1989.

*Piii*, Madrid: SM, 1989.

\* Miñón sacó una edición posterior de *Los batautos* en 1982 y Susaeta otra en 1989. Por su parte, SM publicó otra el pasado año.